

DE LA VIEJA A LA NUEVA EXTREMA DERECHA (PASANDO POR LA FASCINACIÓN POR EL FASCISMO)

José Luis Rodríguez Jiménez

Universidad Rey Juan Carlos, Spain. E-mail: jose.rodriguez@urjc.es

Recibido: 24 Octubre 2005 / Revisado: 9 Diciembre 2005 / Aceptado: 10 Enero 2006 / Publicación Online: 15 Febrero 2006

Resumen: Análisis de la evolución de las corrientes de extrema derecha, de su discurso, programa y estrategia, y de su relación con la derecha conservadora y el fascismo. El tradicionalismo fue una extrema derecha de resistencia en el XIX, incapaz de frenar el avance del liberalismo. Esta situación, la progresión del movimiento obrero y la crisis cultural alentaron la renovación de la extrema derecha en el cambio de siglo. El siglo XX fue testigo de la aparición de tres corrientes de pensamiento que renovaron su programa (derecha autoritaria, derecha radical y fascismo) y disfrutaron de parcelas de poder político en la convulsa Europa de 1918-1945. La irrupción del fascismo y el éxito obtenido en un terreno en el que había fracasado la derecha no democrática, el de neutralizar a la izquierda obrera y hacerse con el poder para establecer una dictadura permanente, sedujo a amplios sectores de la derecha. El resultado fue una alianza con los fascismos responsables de la guerra mundial y el genocidio de millones de personas. Esa herencia y el mundo bipolar de la Guerra Fría representaron un lastre para su desarrollo. Se incide en la aparición de una nueva extrema derecha a mediados de los ochenta, en sus diferencias y semejanzas respecto a la vieja extrema derecha y el fascismo. Asimismo, en los factores que han podido incidir en la reaparición y consolidación de este tipo de organizaciones.

Palabras clave: derecha conservador, extrema derecha, Europa, Fascismo, Siglo XX.

1. LOS ORÍGENES: TRADICIONALISMO Y PENSAMIENTO CONTRARREVOLUCIONARIO

El discurso y los programas electorales de las actuales formaciones de extrema derecha hunden sus raíces en el

movimiento tradicionalista, también denominado contrarrevolucionario o reaccionario. Esta denominación tiene su razón de ser en la intención de los grupos vinculados a esta corriente de pensamiento de impedir el desarrollo de la revolución intelectual del XVIII, el Siglo de las Luces, y en su escasa aceptación, cuando no condena explícita, de cuanto significan, en términos de transformación de las mentalidades y cambio social, las revoluciones industrial y científica. Por supuesto, esa denominación alcanza su significado más completo cuando las ideas que dan forma al tradicionalismo cristiano son puestas en pie de guerra por grupos, gobiernos y organizaciones religiosas con el propósito de derrotar a las fuerzas políticas revolucionarias nacidas en los albores de la Edad Contemporánea.

El propósito de revivir el pasado mediante mitos, el recurso a teorías conspirativas, la intolerancia frente a las nuevas ideas, el maniqueísmo, y la exaltación de una religión que convierte en dogma de fe la oposición al cultivo de las ciencias naturales y al desarrollo científico-tecnológico son líneas de pensamiento que aparecen ya elaboradas y relacionadas en la obra de una serie de pensadores de los siglos XVII y XVIII. Destacan entre ellos varios pensadores franceses, en particular Jacobo B. Bossuet, Louis de Bonald y Joseph de Maistre. Ellos y sus discípulos idealizaron la forma de vida de la Edad Media y fustigaron con sus escritos a la Reforma protestante y a la Revolución Francesa, reconociendo en ambos acontecimientos históricos los dos que más habían contribuido, junto con los avances del capitalismo y de la ciencia, al hundimiento del Antiguo Régimen, al haber destruido la unidad religiosa y el ordenamiento social heredado del feudalismo. Bajo estas premisas los textos de De Bonald y De Maistre polemizaron con las obras

de Voltaire, *El contrato social* de Rousseau y *El espíritu de las leyes* de Montesquieu para negar que la igualdad jurídica y los derechos individuales sean el resultado de la ley natural. Por el contrario, como reacción a la fe optimista del siglo XVIII en el poder de la razón individual, en tanto que capacitada para reformar y mejorar el orden social, expusieron un pensamiento filosófico-religioso cuyo eje central es la afirmación de que las creencias del hombre como ser individual son inferiores a la *verdad* revelada (algo en lo que siguen coincidiendo hoy en día diferentes tipos de fundamentalismo): el hombre no adquiere el conocimiento mediante la razón individual, como habían sostenido los filósofos de la Ilustración, sino como ser social, a través de la tradición revelada por Dios y transmitida por la Iglesia, en virtud de crecer en el seno de una comunidad cultural con profundas raíces en el pasado.

Son las obras de estos y otros autores las que inspiran la sistematización de un pensamiento organizado para la acción política, y la aparición de los primeros clubes y partidos contrarrevolucionarios en los años posteriores a la Revolución Francesa. A continuación, ya en la segunda mitad del XIX, la irrupción del movimiento obrero y la creación de los primeros sindicatos y partidos de clase dará lugar a un nuevo esfuerzo en el terreno organizativo y de la propaganda. Mientras que el pensamiento conservador acepta buena parte de los cambios que trae consigo el liberalismo en el ámbito de la economía y, en menor medida, de la política, aunque renuente a aceptar las transformaciones sociales no previstas derivadas de esos cambios, los tradicionalistas niegan la modernidad en su conjunto. Lo que pretenden es restaurar el Antiguo Régimen que ha sido abatido o se ha hundido en una parte de Europa, la vuelta a un pasado idealizado. En este sentido se trata de agrupaciones formadas por vía negativa, como reacción a las ideas elaboradas por otros para la mejora o transformación de la vida en sociedad y en las que imperan los planteamientos maniqueos y maximalistas. No sólo en cuanto a los fines se refiere, sino también en los procedimientos, lo que implica la fabricación de ideas que sustenten la dialéctica amigo-enemigo y legitimen actitudes agresivas frente al competidor político. Pero los tradicionalistas no son los únicos que simbolizan la resistencia al cambio cuando este afecta a los intereses económicos de la clase media alta. Los conservadores también abrazan el principio de autoridad (control de la voluntad o

inclinaciones humanas), recurren a las jerarquías religiosas para defender los intereses de las clases propietarias y buscan modelos en el pasado para fundamentar la acción política del presente.

Esto significa que existen algunas coincidencias no desdeñables entre tradicionalistas y conservadores. Estos intereses compartidos propician alianzas en los procesos electorales y en los parlamentos allí donde existe un régimen parlamentario, y asimismo coaliciones en aquellos lugares del sur y el este de Europa donde el absolutismo o el autoritarismo siguen siendo las fórmulas hegemónicas de gobierno. Sin embargo ambas corrientes se mostraron siempre a la defensiva en el siglo del liberalismo. Habían perdido autoridad para explicar el mundo de acuerdo a sus necesidades. Y sus dirigentes se sentían inseguros cuando trataban todavía de justificar un orden social que parecía injusto cada vez a más gente. Era lógico que el establecimiento de un nuevo marco político, económico y social y el avance de las fuerzas democráticas (liberales, republicanos, progresistas) y de la izquierda obrera (socialistas y anarquistas) propiciara una renovación a nivel doctrinal y programático de las derechas, incluso de los sectores más extremistas.

2. LA DERECHA RADICAL Y EL ENCUENTRO CON EL FASCISMO

Los hechos acaecidos durante las primeras décadas del siglo XX, entre los que destacan la Gran Guerra y la revolución soviética en la inmensa Rusia, fueron vividos de forma apasionada en Europa y dejaron su impronta en la conciencia individual y colectiva. No fueron menos influyentes las nuevas ideas puestas en circulación entre 1890 y 1914, que desembocan en una grave crisis cultural de funestas consecuencias. Estudios realizados por antropólogos y biólogos, en ocasiones no suficientemente contrastados o que carecían de base científica, proporcionaron nuevos argumentos a los teóricos del racismo (que era entonces, desde el comienzo de la historia humana, la forma de pensamiento imperante para explicar las diferencias étnicas), lo que, a su vez, derivó en una glorificación de la guerra y la violencia. También desempeñan un importante papel las aportaciones de autores como Le Bon y Sorel sobre las posibilidades que deparaba la manipulación del subconsciente para la agitación de las masas. Entre tanto pensadores y agitadores políticos, algunos de ellos de notable éxito, sustituyeron el racionalismo y el materialismo por las nuevas teorías del vitalismo para reivindicar,

frente a la ética y la moral convencionales, la acción directa y la experiencia práctica subjetiva. Por último, nuevos estudios de política y sociología centrados en la función de las elites en la sociedad, impulsadas por los italianos Mosca y Pareto, sometieron al régimen parlamentario a una crítica demoledora que primaba a los grupos dirigentes sobre la voluntad general de los ciudadanos. Y mientras este caldo de cultivo hacía su trabajo en medios conservadores los procesos de modernización y movilización social siguieron su curso.

La amenaza que para las burguesías europeas supuso la posibilidad de que, desde Rusia, la revolución comunista avanzase sobre el continente (donde ya existían partidos de este signo en el interior de los estados) y el sentimiento de inseguridad frente a la irrupción de las masas en la historia, son los factores que dan alas al debate sobre qué medios utilizar para mantener bajo estricto control las demandas y capacidad organizativa del proletariado. Una respuesta la proporcionó el fascismo, el cual se fragua como movimiento social y político en Italia durante los años de la contienda mundial e irá afirmándose en aquellos países donde la guerra y la crisis económica de finales de los veinte agravan los problemas nacionales y entra en quiebra el sistema parlamentario. Pero el fascismo no fue la única respuesta aportada por las burguesías para frenar las reivindicaciones del proletariado.

Conscientes de que, como consecuencia de los cambios sociales y de mentalidad, las formas de dominación hasta entonces imperantes estaban seriamente amenazadas, ya antes de que el fascismo irrumpiera en escena tanto la derecha conservadora como la extrema derecha tradicionalista tuvieron que asumir algunos cambios. Pues las que habían sido derechas de resistencia sólo podían escoger entre dos caminos, el de la parálisis y la marginación desde la que contemplarían el triunfo de sus adversarios o el del esfuerzo para reorganizar sus filas; esto implicaba abrirlas y mezclarse con *plebeyos*, y renovar sus programas y discursos para captar a sectores de población que no compartían sus intereses económicos pero que sí se mostraban preocupados por los cambios ocurridos y eran susceptibles de una llamada para la defensa del *orden social*. Se decidió claro está por la renovación, no en el sentido de apostar por la extensión de las libertades y los derechos sociales, sino en el de escuchar a los nuevos apóstoles del autoritarismo.

En efecto, numerosas figuras del conservadurismo constitucionalista se mantuvieron fieles a la defensa de las libertades políticas que habían sido comunes al parlamentarismo liberal hasta entonces, pero en muchos lugares los conservadores se inclinaron por la vía antiparlamentaria y corporativista. El corporativismo se inspiraba en el sistema de corporaciones surgido en el transcurso de la Edad Media para estructurar los diversos sectores productivos en organismos en parte autónomos y en parte regulados por el poder político. Estas teorías partían de la concepción de la sociedad como un todo orgánico en el que los distintos grupos de intereses se constituyen en un determinado número de categorías obligatorias y estructuradas de forma jerárquica mediante una relación de interdependencia. Desde comienzos del siglo XX habían sido renovadas, para el diseño de un corporativismo estatal, y ganaban terreno entre quienes se lamentaban de los cambios sociales propiciados por la evolución de las relaciones económicas y creían, en consecuencia, que las instituciones representativas del liberalismo político eran demasiado permisivas con las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda y no permitían resolver los problemas sociales. El auge de estas ideas se explica también por las duras condiciones de vida experimentadas por combatientes y civiles durante la primera guerra mundial y los años de la posguerra, junto con la camaradería, real o imaginada, vivida en el frente por los soldados, factores ambos que impulsaron en muchas personas el deseo de formas comunitarias nuevas y *orgánicas*, entendiéndose por tales aquellas que aportaban la idea de unión, de pertenencia a una comunidad. Por otro lado, este corporativismo ofrecía la posibilidad de idealizar el funcionamiento autoritario de una comunidad política en la que la legitimidad del Estado vendría determinada por su capacidad para fomentar y extender el bienestar económico y el *orden moral* en la sociedad. Así, la puesta en práctica de la doctrina corporativista debía inaugurar en el interior de las naciones una etapa de colaboración entre las distintas clases sociales, ya que los intereses particulares quedarían supeditados a los intereses nacionales. Este corporativismo, alentado tanto por la derecha contrarrevolucionaria como por el fascismo, proponía la sustitución del parlamento por una asamblea regulada desde el Estado en la que los grupos de intereses económicos encontrarían el ámbito adecuado para su representación, la supresión de la libertad sindical, y la planificación estatal de la economía.

Por otro lado, la experiencia de la guerra y las múltiples consecuencias que de ella se derivan, como la modificación de fronteras, alentaron la expansión de grupos nacionalistas, ahora más radicales y con mayor respaldo popular que los existentes a finales de siglo. Fruto de estas transformaciones es la aparición de dos nuevas corrientes en el ámbito de la derecha no democrática: derecha autoritaria y derecha radical¹. Ambas corrientes, que a menudo pero no siempre podemos asimilar a la extrema derecha², más claramente en el caso de la derecha radical, rechazaban tanto el conservadurismo moderado como el viejo reaccionarismo, y abogaban por un sistema autoritario más moderno, entendiendo por tal aquel que estuviese en disposición de asumir las transformaciones de orden económico dictadas por una siempre en marcha revolución tecnológica y, al mismo tiempo, de frenar el avance de la democracia y el socialismo. Mientras que los movimientos tradicionalistas tan sólo habían intentado, sin éxito (y de ahí venía el problema), impedir el desarrollo de la sociedad urbana e industrial, los emergentes grupos de la derecha autoritaria trataban de adaptarse y ponerse al frente de las nuevas situaciones derivadas de los recientes avances en el terreno de la producción industrial, las ciencias y las finanzas. Asimismo, habían decidido desligarse de las formas parlamentarias del conservadurismo moderado, aunque deseaban evitar las rupturas radicales con la continuidad jurídica, y aspiraban a un sistema corporativo como fórmula para la reglamentación de las relaciones políticas y sociales. Aún manejaban un cuerpo doctrinal muy dependiente de la religión tradicional y reactivo a la aceptación de las nuevas corrientes filosóficas, pero sus objetivos sí eran francamente novedosos en relación a lo que había sido el conservadurismo, sustentado hasta entonces en el respaldo del capitalismo agrario, la burocracia y el mundo de los negocios. Ahora también atraían a sus filas “a agricultores en dificultades, oficiales retirados, intelectuales y universitarios, dependientes y pequeños negociantes y tenderos”³. Por su parte, la derecha radical, más extremista en su discurso nacionalista, como muestran los textos de la Asociación Nacionalista Italiana, la Liga Pangermana y Acción Francesa, rechazaba abiertamente el parlamentarismo y “deseaba destruir todo el sistema político del liberalismo vigente y de arriba abajo”⁴. Como toda forma de radicalismo político, no estaba dispuesta a aceptar el marco del orden existente como base para su actividad ya que creía haber reconocido en las relaciones sociales y en el orden político vigente las raíces de todos los males sociales y políticos

que deseaba suprimir. Es decir, no aspiraba a practicar una política positiva en el sentido de reformas y modificaciones progresivas sino a la ruptura definitiva con el modelo conservador del pasado y la instauración de un régimen dictatorial asentado en un nuevo ordenamiento político. Nada tiene de extraño, en definitiva, que los representantes de estas dos corrientes de la derecha establecieran en varios países estrechas alianzas con el fascismo. Esto fue lo que aconteció en Italia y en España aunque la fuerza del fascismo en uno y otro lugar era bien distinta.

En ese camino hacia la ruptura con el pasado, encarnado por el tradicionalismo, la influencia del fascismo resultó determinante, hasta el punto de que podemos hablar de un proceso de fascistización en amplios sectores de la derecha. Por supuesto que este proceso se ve beneficiado por la existencia de una serie de intereses comunes, ya citados, y de sintonías en el ideario de ambas corrientes. No sólo en cuanto hace referencia a la valoración del nacionalismo como elemento de agitación, un nacionalismo agresivo de cara al exterior. También coinciden en el diseño de una estructura social jerarquizada basada en la desigualdad de los seres humanos: superioridad de los gobernantes a los gobernados, lo que implica la primacía de un líder carismático, el gobierno de las *minorías selectas* y la obediencia de la mayoría, evitando siempre la *dictadura del número*; desigualdad a la que hay que sumar la de los ciudadanos de la nación a los ciudadanos de otras naciones, de los fuertes a los débiles y de los hombres a las mujeres. Asimismo, el modelo de organización política de tipo corporativo es compartido por la extrema derecha y una parte de los fascismos. Pero no por todos, pues en el caso del nazismo, una de las máximas expresiones del totalitarismo (junto al comunismo soviético) el partido único inunda de tal forma la vida social, la política y la economía que las instituciones del pasado, llámense parlamentos o corporaciones, carecen de la más mínima iniciativa. Otra diferencia a considerar tiene que ver con el papel reservado a las fuerzas armadas. La extrema derecha reclama la autonomía del poder militar respecto del civil, ya que ve en la fuerza de las armas una garantía de sus intereses, lo cual exige el diseño de una doctrina de la seguridad nacional que justifica la intervención de los militares en la vida política y su presencia en el aparato de poder. En cambio, en el caso del fascismo, y de nuevo con más nitidez en el nacional socialismo, las fuerzas armadas quedan supeditadas a las directrices marcadas desde el

partido y los máximos dirigentes del mismo, que son civiles y no generales; estos últimos si abundan en otras dictaduras europeas y americanas del siglo XX. Y queda por citar un aspecto de especial importancia: en ocasiones, en los fascismos, los intereses de las clases poseedoras quedan supeditados a la ideología del partido, cuando lo normal es que sea al revés en la praxis política; en el caso alemán a la expansión hacia el este y el exterminio de los judíos europeos contra toda lógica militar⁵.

No debemos olvidar otro factor en el que coincidían plenamente todas las corrientes de extrema derecha (tradicionalistas, derecha autoritaria y derecha radical) y los fascismos: el recurso a la visión conspirativa de la historia y a teorías conspirativas concretas en tanto que elemento principal para la manipulación y movilización de la población; una afición muy rentable en ocasiones y que sigue siendo una de las señas de identidad de la nueva extrema derecha que en la actualidad agita la vida política europea. De acuerdo con estas teorías conspirativas cuanto de malo hay en el mundo es responsabilidad de un tipo de personas, un grupo étnico o una organización, siempre con múltiples ramificaciones⁶, y a la que por supuesto es preciso combatir para neutralizar el supuesto mal que se denuncia. Grupos religiosos, políticos y económicos han recurrido a estas teorías con diversos fines, en especial para fundamentar su condena de cambios acontecidos en el terreno de las estructuras sociales y de las mentalidades que perjudicaban a sus intereses, así como para desviar la atención de la opinión pública respecto a los fines perseguidos cuando estos resultan ser inconfesables. Adversarios religiosos, extranjeros y personas acusadas de brujería fueron durante siglos los supuestos responsables de todo tipo de catástrofes y de amenazas para la colectividad, el centro por tanto de visiones conspirativas de momento escasamente codificadas y operativas en un espacio geográfico reducido. Después, desde finales del siglo XVIII y hasta el presente, entran en escena teorías conspirativas de alcance universal, y aparecen lógicamente nuevos temas, los cuales tienen que ver con las transformaciones experimentadas por la sociedad y la competencia entre estados en el ámbito de las relaciones internacionales. La primera de ellas, fruto de las necesidades de los defensores de la monarquía absoluta y de los privilegios de la iglesia y de la nobleza, situó a la masonería en el centro de una conjura dirigida contra el cristianismo y el orden social imperante hasta entonces. Muy poco después el judaísmo fue

señalado como protagonista principal de esa misma *conspiración*, y con éxito pues los estereotipos antisemitas ganaron rápidamente terreno (como ya sucediera siglos atrás en la Europa cristiana) en varios países del continente. Las organizaciones de la derecha autoritaria y ultranacionalista comenzaron a utilizar el antisemitismo como arma de combate político, útil en la defensa de sus intereses ideológicos y económicos, entremezclando religión tradicional, demagogia anticapitalista, y el rechazo a la modernidad. Los contrarrevolucionarios preferían creer que los cambios que trajeron consigo las revoluciones burguesas y el progreso de las ideas socialistas no tenían su explicación en el deseo de muchas personas de acabar con las injusticias del viejo modelo sino en un complot, y describían el liberalismo y el movimiento obrero como un producto *judío* y, por tanto, anticristiano y antinacional (antifrancés, antialemán...): los judíos, o los judíos y los masones, o los masones dirigidos por los judíos, aparecen así como responsables de una serie de males reales (crisis económicas) o inventados, léase los peligros de la modernidad, el cine, el feminismo..., en tanto que financiadores de todo tipo de organizaciones revolucionarias con el propósito de debilitar los estados, destruir el orden y la moral tradicional y, en definitiva, para hacerse con el control del mundo, ya fuera con las armas del marxismo o con las del capitalismo, una incongruencia que no pareció preocupar a este tipo de agitadores. Tampoco el descubrimiento de que una de sus principales armas, los célebres *Protocolos de los Sabios de Sión*, texto que contenía el plan del gobierno secreto judío (en realidad inexistente) para una guerra oculta, en forma de desórdenes y caos revolucionario, y el dominio del mundo, no era sino una falsificación fabricada por la policía secreta zarista a comienzos del siglo XX. De momento el mito de la conspiración mundial judía alcanzó un éxito muy reducido, pero los *Protocolos* comenzaron a ganar audiencia una vez iniciada la revolución y la guerra civil en Rusia y, sobre todo, de la mano de la desazón y desorientación que la Gran Guerra y la depresión económica mundial de finales de los años veinte ocasionaron en amplias capas de población. Muchos ciudadanos demandaban una explicación que les hiciera comprender la magnitud de los cambios en los que estaban inmersos como miembros de una colectividad o la cambiante situación en el panorama político nacional e internacional. Y muchos creyeron encontrar la respuesta en la citada conspiración a escala universal dirigida por el judaísmo, ese *Israel* que actuaba en las sociedades occidentales mediante

sus brazos ejecutores, la masonería y el comunismo.

Pero pese a las coincidencias en el terreno doctrinal y en el de los intereses (también parcial dado que los representantes de ambas formaciones competían por el poder político), y a la existencia del citado proceso de fascistización, reforzado una vez que los nazis acceden al poder en Alemania y en muy breve plazo ponen a las organizaciones de la izquierda fuera de la ley y liquidan por completo el régimen democrático, la derecha radical marcó su propio terreno y no dejó de señalar lo que consideraba *excesos* del fascismo. Éstos hacían referencia casi siempre a la ocupación de la sociedad por el partido único y el establecimiento parcial o completo de un Estado totalitario, lo que afectaba a la iglesia católica y a las organizaciones de ella dependientes y dejaba escasas parcelas de poder en manos de los representantes de las antiguas y nuevas organizaciones de extrema derecha. Además, los referentes culturales y simbólicos eran distintos, y los de la extrema derecha se encontraban todavía en parte en el pasado; también los del fascismo más *conservador*, agrario y católico, representado por Falange Española y la Legión de San Miguel Arcángel. De hecho en amplios sectores de la derecha radical lo que se planteaba era la instauración, no restauración, de una *nueva* monarquía antiliberal. Así lo había expuesto Acción Francesa, formación que define un autoritarismo neomonárquico que parte de la sistematización del pensamiento tradicionalista a partir de una interpretación conservadora del positivismo. Su principal representante, Charles Maurras, aportó un “tradicionalismo renovado que ya no invoca a la providencia como principio regulador y normativo, sino que recurre a las *leyes naturales* de la sociedad, a la biología y a la historia a la hora de legitimar su proyecto político”; éste no es otro que la vuelta a la monarquía y la supresión del parlamento, pero de lo que se trata ahora no es de regresar al legitimismo borbónico sino de instaurar un régimen monárquico que posibilite un sistema jerárquico y una comunidad conforme al modelo tradicional⁷.

En realidad el hecho de que el fascismo fuese un movimiento revolucionario en tanto que ideología distinta, además de mucho más compleja, del autoritarismo conservador que le había precedido en el tiempo interesaba más bien poco a los líderes de la extrema derecha, si bien con esta afirmación no pretendemos negar el fenómeno de contaminación del que fue capaz

el fascismo en el terreno de la deshumanización del adversario a partir de una mezcla explosiva de nacionalismo y racismo. Lo que les deslumbró en mayor medida fue la capacidad, demostrada, de las milicias fascistas para neutralizar, primero, y liquidar, después, a las organizaciones de la izquierda mediante los recursos proporcionados por el Estado tras su conquista, así como para encuadrar y movilizar al conjunto de la población. Es en este sentido en el que cabe hablar de proceso de fascistización: el fascismo aparece como el referente de lo que hay que hacer y como el aliado ideal para demoler el modelo liberal y establecer una dictadura que permita la ocupación y conservación del poder por tiempo indefinido.

A este respecto es interesante recordar que el movimiento fascista había comenzado a interesar seriamente a una parte de la derecha europea cuando en el invierno de 1920 Mussolini y el resto de cabecillas fascistas abandonaron la agitación revolucionaria y la propaganda demagógica destinada a captar a los obreros fabriles y campesinos y también a la pequeña burguesía, dando así un paso imprescindible para poder llegar a unos acuerdos que conducirán a los fascistas a la conquista del poder. Pues una vez que Mussolini proclama el terror fascista contra la izquierda y comienza a apoyarse en las clases poseedoras, la pretendida síntesis de socialismo y nacionalismo, destinada a conseguir que la doctrina nacionalista fuera aceptada por un sector de la izquierda, queda reducida a una generalización del capitalismo. A partir de entonces la derecha autoritaria está dispuesta a aceptar el fascismo no como un acontecimiento local y aislado sino como un movimiento político con valores universales, que podían y debían ser asumidos en otras naciones más allá de la liquidación de las organizaciones de la izquierda mediante la acción directa de las escuadras fascistas y la imposición de un gobierno dictatorial.

La extrema derecha obtuvo cuantiosos réditos durante el período de ascenso del fascismo y cuando los ejércitos del Tercer Reich ocuparon la mayor parte del continente europeo. Pero aquello terminó siendo un sueño fugaz y las responsabilidades compartidas de una parte de las derechas con el fascismo dejaron tras de sí un lastre de inmundicias del que tardarían en librarse sus herederos en la segunda posguerra mundial. En realidad, las circunstancias no fueron las mismas en todos los países y si bien la ocupación de amplios territorios por la Alemania nazi tras

una guerra de agresión favoreció el fortalecimiento de los partidos amigos, ahora colaboracionistas con el invasor, en otros lugares, muy especialmente en Gran Bretaña, pero también en la Francia Libre, la Italia de la Resistencia y en distintos territorios ocupados, fuerzas conservadoras reaccionaron en defensa de las libertades. Sin embargo, esta no fue la tendencia general en los años treinta y primeros cuarenta; lo habitual fue lo contrario.

3. LA TRAVESÍA POR EL DESIERTO

El resultado de la Segunda Guerra Mundial dio lugar al establecimiento de regímenes democráticos, tal y como ahora los conocemos, en casi toda Europa occidental, de forma paralela a la conformación del bloque comunista en la zona oriental. De esta forma la derrota del Eje parecía simbolizar el punto de partida para la construcción de un escenario bipolar dominado por la Guerra Fría en el que los partidos de extrema derecha y fascistas, asociados a los derrotados, y, aún peor, a los crímenes del nazismo, desaparecerían para siempre.

No obstante, sus ideas sobrevivieron en el transcurso de los años siguientes. Lo hicieron en las generaciones que habían sido socializadas por los gobiernos fascistas y fascistizados; una parte de estas personas, bastantes más de los que se quiso pensar, eran fascistas convencidos y habían colaborado de forma entusiasta en la persecución de los *enemigos*, pero los programas de desfascistización les afectaron en escasa medida. Gracias a ellos el ideario fascista y ultraderechista se mantuvo viva en la cultura política como una forma de articular la protesta contra los regímenes democráticos en períodos de cambio acelerado y conflictividad social. Esas ideas también disfrutaron de cierta estructura organizativa gracias a la creación de partidos de extrema derecha, neofascistas y neonazis en los años de la posguerra, aunque una parte de ellos fueron prohibidos o experimentaron serias dificultades para actuar en la legalidad, bien de la mano de antiguos líderes, como el británico Oswald Mosley, de cuadros intermedios, como el italiano Giorgio Almirante, o de jóvenes recién llegados para abrazar las banderas de los fascismos derrotados, como el alemán Adolf von Thaden. Casi todas las organizaciones surgidas entonces se vieron afectadas antes o después por el desaliento y la frustración, pues sus enemigos, los gobiernos democráticos, no ofrecían signos de debilitamiento sino todo lo contrario.

Así las cosas, para sobrevivir en esa coyuntura tuvieron que revisar sus planteamientos: si el liberalismo no estaba en crisis, a diferencia de lo que ocurría en los años veinte y treinta, el fascismo, o el ultraderechismo a la antigua usanza, no disponía de argumentos para convencer a un segmento considerable de ciudadanos de que estaba en disposición de proporcionar un nuevo y mejor modelo de sociedad, tanto porque esa oferta estaba basada en una mentira ya conocida como porque los ciudadanos no se sentían tentados por propuestas de cambio radical, y quienes se movían en esa dirección tenían como referente el modelo comunista. Una vez convencidos, los menos ingenuos, de que esta perspectiva constituía una realidad insoslayable, los dirigentes de estas formaciones podían consolarse con la siguiente reflexión, fruto del deseo pero también de su constatación en la práctica en Italia, Alemania, Austria y otros escenarios: la división del mundo, y más si cabe de Europa, en dos bloques, les permitía a ellos y a la vieja extrema derecha posicionarse en la defensa del llamado mundo libre frente a la amenaza comunista. Además los miembros de estas organizaciones resultaban muy útiles para realizar ciertos trabajos sucios de *lucha anticomunista*, y la necesidad de contar con personal de confianza en los países donde la izquierda era fuerte hizo que los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos favorecieran la continuidad o la vuelta a sus puestos en la administración, la policía y el ejército de cuadros fascistas que en ocasiones debían haber sido llevados ante los tribunales como responsables de los delitos de colaboración con el invasor o genocidio.

Pero aunque lograron sobrevivir, los partidos de extrema derecha y los neofascistas no consiguieron erosionar los regímenes democráticos existentes en Europa. Por el contrario, el derrumbe de las dictaduras derechistas existentes en Portugal, Grecia y España a mediados de los setenta supuso un avance de la democracia en el sur del continente, así como la desaparición de refugios para terroristas franceses e italianos. En definitiva, los partidos de extrema derecha experimentaban entonces una travesía del desierto que pocos lograron resistir⁸. Su negación de la democracia, de la igualdad entre hombre y mujer, sus propuestas autoritarias, su vinculación ideológica con la derecha radical del período de entreguerras, y su simpatía hacia los modelos fascistas provocaban el rechazo de la mayor parte de los ciudadanos. Tan sólo los neofascistas italianos,

enraizados en el sur y el centro del país, tenían en el Movimiento Social Italiano un partido con una limitada presencia en las instituciones.

4. EL RENACER: UNA NUEVA EXTREMA DERECHA

Es a comienzos de la década de los ochenta cuando una nueva extrema derecha comienza a dar señales de vida. Después vendrá el crecimiento, intermitente, y la consolidación. Detrás se encuentra un aparato ideológico inspirado en los planteamientos económicos de la derecha ultraliberal británica y norteamericana y en el modelo de sociedad diseñado por la nueva derecha francesa. Y por supuesto no podemos olvidar dos aciertos notables sobre los que se asienta el proceso de renovación alentado por el Frente Nacional francés. En primer lugar, en el mismo ha desempeñado un papel fundamental la decisión de hacer de la xenofobia la columna vertebral del programa electoral. En segundo lugar, una declaración de aceptación de la democracia política, no como estrategia coyuntural sino como apuesta permanente.

Hasta hace pocos años era frecuente encontrar clasificaciones de los partidos de extrema derecha en las que se seleccionaba el partido más relevante en términos electorales como modelo identificativo y que después se hiciera mención de otras formaciones a las que se comparaba con el modelo citado; esta función la desempeñó primero el Movimiento Social Italiano y después, desde mediados de los ochenta, el Frente Nacional francés. La búsqueda de un criterio más riguroso de definición condujo a los politólogos a elaborar una tipología que continúa vigente. Ahora hablamos de dos modelos de formaciones de extrema derecha, las cuales han coexistido desde comienzos de la década de los setenta: por un lado, lo que se ha dado en denominar antiguos partidos de extrema derecha, y, por otro, los nuevos partidos de extrema derecha. Según estos presupuestos para ser incluido en alguna de estas categorías un partido debería cumplir por lo menos una de estas dos condiciones: estar vinculado ideológicamente con el fascismo mediante referencias a mitos, símbolos y el programa de este movimiento; o desarrollar una labor de deslegitimación de la democracia mediante una oposición antisistema. Si cumple las dos condiciones pertenecería a la tipología de antiguos partidos de extrema derecha. En cambio, si un partido desarrolla una actitud antisistema y se relaciona en términos

ideológicos con el pensamiento clásico de la extrema derecha (ultranacionalismo, antipluralismo, concepción autoritaria del orden social), pero sin establecer vínculos directos con el fascismo y sin realizar una crítica directa a la democracia como sistema político, quedaría adscrito a la tipología de nuevos partidos de extrema derecha.

Por lo tanto, la utilización del término *nueva extrema derecha*, presente en los trabajos de Ignazi⁹, encuentra su razón de ser en dos circunstancias: se trata de partidos de reciente creación, y, este es el elemento fundamental, son partidos que poseen características diferentes respecto a los partidos neofascistas y las formaciones de extrema derecha que los han precedido en el tiempo y que han desaparecido de la actualidad política. No obstante, el tema no es tan sencillo y por este motivo nos detendremos a examinar las diferencias y las semejanzas entre la nueva extrema derecha, por un lado, y el fascismo y la vieja extrema derecha, por el otro.

4.1. Las diferencias entre las nuevas formaciones y el fascismo

Debemos partir de la base de que los partidos de extrema derecha y ultranacionalistas que ocupan en la actualidad un lugar destacado en los medios de comunicación no abogan por la supresión de las instituciones y las libertades democráticas. Y que esa era una de las principales demandas del viejo extremismo y del fascismo, que hablaba de sacrificar los derechos individuales en beneficio de la colectividad, de la nación, del pueblo o de la raza. Señalemos, en segundo lugar, que en la *nueva* extrema derecha tiende a desaparecer la conexión con el legado del fascismo y el nazismo. Un legado que sí estaba nítidamente presente en los partidos neofascistas, en los neofranquistas y en los neonazis. Por ejemplo, en el Partido Nacional Demócrata Alemán (NPD) fundado en 1964 y todavía operativo en la actualidad pese a las muchas voces que claman por su ilegalización. Este partido elaboró un programa que tiene como señas de identidad el rechazo a la democracia, el nacionalismo, el racismo, la exaltación de la guerra, más concretamente del ejército alemán que combatió en la segunda guerra mundial, tanto la Wehrmacht como las SS, a las que invoca como ejemplo de fuerza y disciplina, y el sueño de un Cuarto Reich.

Tampoco hay en sus programas una concepción agresiva en política exterior, a la búsqueda del *espacio vital*, del que hablaban los pangermanistas y los nazis. Todo lo contrario sucede en el caso del NPD, el cual reclama los territorios perdidos por Alemania al término de la guerra y que en alguna ocasión habían formado parte del imperio alemán, incluidos los conquistados bajo amenaza militar por Hitler. Asimismo, como consecuencia de la desaparición de la Unión Soviética y de las dictaduras comunistas en el este de Europa, la bandera del anticomunismo casi ha desaparecido del discurso de la nueva extrema derecha, excepto en el este de Europa. En el terreno de las diferencias tenemos que incluir también el hecho de que la mayor parte de los partidos actuales impulsan un sentimiento de odio, o al menos de rechazo, hacia los musulmanes, mientras que el antijudaísmo, elemento principal en el nazismo y relevante también en los partidos fascistas, neofascistas y la vieja extrema derecha, aparece muy diluido, constituyendo un referente mucho menos importante. Evidentemente el antijudaísmo aparece asociado al nazismo, lo que es una mala carta de presentación. En cambio, a la hora de fijar un referente negativo, el rechazo del mundo islámico, calificado de atrasado y peligroso, ofrece una mayor rentabilidad en una coyuntura de notable crecimiento de la inmigración de personas de religión islámica y en la que el fenómeno del terrorismo islamista constituye una de las principales preocupaciones en materia de seguridad.

Por otro lado, si la vieja extrema derecha abogaba por un Estado interventor y regulador de la vida social y económica, la nueva extrema derecha critica con fuerza el concepto de Estado del bienestar y aboga siempre por la reducción de impuestos, lo que supone negar las políticas de redistribución de las rentas y el recorte de las prestaciones sociales. Pero esto no se traduce en una unívoca apuesta por el liberalismo económico, pues, como cualquier otra formación, exige medidas proteccionistas para la producción nacional. Además, en una serie de cuestiones estos partidos sí defienden la intervención del Estado: ampliación de la policía, control de fronteras, expulsión de inmigrantes y garantía de una parte de las prestaciones sociales para los *nacionales*. Debe también señalarse que el contexto en el que tuvo lugar el ascenso de los fascismos difiere de la coyuntura en que se ha producido el reciente crecimiento de partidos de extrema derecha. El ascenso en los años veinte y treinta se produjo en una coyuntura de fuerte conflictividad y polarización social y política, a

nivel nacional e internacional, que hoy no existe. Finalmente, el factor inmigración no era entonces contemplado en la agenda de la extrema derecha y los fascismos, dado que, al margen de las migraciones interiores del campo a la ciudad, a lo que se asistía entonces era a una emigración de europeos a Estados Unidos, Australia y las colonias.

4.2. Las semejanzas con el fascismo

Una vez apuntadas las diferencias, debemos ocuparnos de los elementos de continuidad, que son muchos. Para empezar, tenemos que señalar que aunque los nuevos partidos extremistas no suelen mantener posiciones agresivas en política exterior, nos encontramos ante formaciones ultranacionalistas. Se trata de partidos portadores de un nacionalismo agresivo, no dirigido contra una nación vecina o a la búsqueda de un imperio, sino contra un colectivo, el inmigrante de escaso poder adquisitivo y preferentemente diferenciado de los nacionales blancos por el color de la piel, el idioma y la cultura.

Otra de las similitudes nos remite a recursos propios de los movimientos populistas y fascistas, como el liderazgo carismático, la idea de un líder salvador y protector de los ciudadanos frente a los partidos, imagen que alimentan en la actualidad todos los extremistas, y la apelación directa al pueblo, a la *comunidad nacional*. La nueva extrema derecha apuesta por un poder ejecutivo dotado de amplios poderes, a menudo por regímenes presidencialistas, y por el recurso a la *democracia directa* en forma de consultas a los ciudadanos sobre cuestiones que estos partidos consideran relevantes. Estas consultas, se nos dice, deben realizarse sin *intermediarios*, en forma de comunicación directa entre el *líder* y su *pueblo*, lo que en realidad conduciría a una limitación no sólo del papel de los partidos sino también de los parlamentos y del ejercicio de la soberanía popular. Por lo tanto, pese a que estos partidos dicen compartir el orden constitucional existente en sus respectivas naciones, lo cierto es que sostienen valores antidemocráticos mediante un discurso que erosiona la legitimidad de las instituciones. También debemos apuntar que algunos de los actuales partidos de extrema derecha se muestran muy benévolo en su lectura de la historia de los fascismos, que en ocasiones toma forma de panegírico. En este sentido hay que citar las valoraciones más que elogiosas respecto al régimen de Mussolini realizadas por Gianfranco Fini, protagonista de la reconversión del neofascista Movimiento Social Italiano en

Alianza Nacional y vicepresidente en los gobiernos de Berlusconi, y la banalización de los crímenes del nazismo a cargo de J. M. Le Pen y otros dirigentes de la ultraderecha francesa. Asimismo, en varias ocasiones el líder del Partido Liberal Austriaco, J. Haider, hijo de militantes nazis, ha justificado la anexión de Austria por el Tercer Reich y ha trivializado los crímenes cometidos por el régimen nacionalsocialista.

Digamos para terminar que tanto en el caso de las antiguas formaciones como en el de la nueva extrema derecha nos encontramos ante vehículos de expresión de la violencia política. Pues como forma de violencia debemos entender la exaltación de la *comunidad nacional* y la hostilidad a una parte de los extranjeros, señalándoles como *responsables* de una serie de indicadores negativos que afectan en mayor o menor medida a los estados europeos y, en consecuencia, como merecedores de ser expulsados de nuestras sociedades.

4.3. Las claves del éxito

El rechazo a la inmigración aparece en la actualidad en los programas de la extrema derecha, el populismo ultranacionalista, en ocasiones en los de la extrema izquierda, y también en los de algunas formaciones a las que normalmente definimos como partidos democráticos o *del sistema*. Pero ha sido la nueva extrema derecha, simbolizada por el Frente Nacional que en Francia dirige desde hace tres décadas Le Pen, la que ha introducido el tema de la inmigración en las campañas electorales y la que ha conseguido situarlo, mientras los otros partidos preferían eludirlo, en el primer plano de la agenda política europea¹⁰. Y tras demostrar su rentabilidad el discurso xenófobo ha sido copiado por los partidos ultranacionalistas creados más recientemente¹¹. Ahora ambas corrientes, y también una parte de la derecha conservadora, se esfuerzan para que los ciudadanos asocien inmigración e inseguridad y les otorguen el voto. A este respecto hay que decir que por el momento estos partidos han ganado notables apoyos para lo que es la estrella de su programa, la *preferencia nacional*. Su aplicación supondría, en una primera fase, el freno a los procesos migratorios hacia Europa mediante la suspensión de la entrada de inmigrantes tanto ilegales como regularizados, impidiendo por tanto el reagrupamiento familiar. El siguiente paso consiste en reducir el número de inmigrantes, en primer lugar de aquellos que poseen una serie de rasgos que los diferencian de los europeos blancos. En este terreno los

argumentos utilizados proceden de obras elaboradas a finales de los sesenta por los pensadores de la *nueva derecha* francesa. El inmigrante, se dice, es un extranjero diferente a los nacionales blancos, el cual posee el *derecho* (más bien la obligación) de vivir según *sus costumbres*. En ocasiones se dice que estas costumbres deben ser respetadas y los extranjeros, recíprocamente, tienen que respetar las formas de vida cotidiana de los europeos. Hasta aquí todo parece muy loable, pero a continuación se añade que no es recomendable ni posible la mezcla, pues determinados extranjeros proceden de una civilización que no es compatible; no se dice que inferior, aunque la idea está implícita. Tampoco resulta posible la integración o asimilación, y menos aún el intercambio cultural. En definitiva, para que no contaminen los cimientos de la civilización europea, y las tradiciones específicas de cada una de las naciones que forman parte de la misma, quienes habitan fuera de la civilización occidental no deberían venir a nuestros países y los que ya viven en Europa deben ser apartados, es decir, segregados, primero, y expulsados después de la *comunidad nacional*. Incluso en ocasiones se utiliza un discurso más agresivo, basado no sólo en el concepto de choque de civilizaciones, sino abiertamente en teorías raciales, presentadas de forma abierta o encubierta para eludir la legislación anti racista (“es maravilloso ser blanco”, “lo blanco es bonito”). Así, se define la *identidad nacional* en términos biológicos, además de culturales, tal y como hacen el Frente Nacional francés y la Liga Norte, en Italia, partidos que entienden la identidad como comunidad de lengua, cultura y tradiciones, y también de raza.

Es muy posible que el discurso xenófobo que utilizan los extremistas tendría muy poca aceptación en una coyuntura diferente a la actual. Pero ya sabemos que no es ese el caso y que ahora coinciden en el tiempo situaciones de inmigración ilegal y desempleo estructural y aumento de los sentimientos xenófobos. Es evidente que ha aumentado el porcentaje de ciudadanos europeos blancos que creen que hay demasiados inmigrantes no blancos en Europa occidental, y que su presencia erosiona tanto las expectativas de trabajo como la identidad cultural de los nacionales blancos; insistimos en ese adjetivo, pues hay millones de personas no blancas que fueron inmigrantes y posteriormente han adquirido la nacionalidad de países europeos, pero que también son rechazadas por quienes han sido captados por el discurso xenófobo. Al mismo tiempo, el aumento de los sentimientos xenófobos

es un elemento hasta cierto punto independiente de la existencia de partidos de extrema derecha y ultranacionalistas, pero éstos no han tardado en percibir la posibilidad de presentar esta cuestión de una forma agresiva y eficaz a nivel electoral.

Pero no creemos que el aumento de los sentimientos xenófobos sea el único factor explicativo del ascenso de la nueva extrema derecha. Creemos, por el contrario, que es preciso atender a otros tres elementos.

Señalemos en primer lugar que desde comienzos de los noventa, en una etapa en que los partidos extremistas habían experimentado cierto crecimiento gracias a la explotación del discurso xenófobo pero tendían nuevamente a estancarse, con un programa en exceso dependiente del tema de la inmigración, sus dirigentes han podido sumar como elemento de choque un tema de máxima actualidad y que ofrece múltiples posibilidades a un discurso agresivo y demagógico. De nuevo su principal acierto ha sido centrarse en temas que son realmente importantes y señalar déficits en el funcionamiento del sistema democrático; pues los procesos de integración de áreas geopolíticas y la mundialización de la actividad económica, que es el tema en cuestión, están siendo percibidas como agresiones a las identidades colectivas por una parte de la población europea, y también en otros continentes. Hasta el punto de que el crecimiento y consolidación de esos partidos ha ido en paralelo al máximo desarrollo de los procesos de mundialización, al que la extrema derecha y el nuevo populismo hacen responsable tanto del aumento de la inmigración como del colonialismo cultural estadounidense, y de integración política y económica de Europa. Si esto es así es porque en nuestros días una parte de las clases medias y de los trabajadores manuales perciben los cambios con recelo o con miedo, pues sienten que su posición social, mejor o peor, es vulnerable. No hay duda de que los datos relativos a la actividad económica causan inquietud. Y lo mismo sucede con las más recientes manifestaciones del sistema capitalista, como es el caso de la fusión de gigantescas empresas multinacionales, fenómeno acompañado por la reducción de plantillas y la demanda de movilidad a los técnicos y trabajadores manuales, a los que se exige capacidad de adaptación a las nuevas tecnologías y a las necesidades empresariales, al tiempo que se les ofrece proyectos a corto plazo. Por estos motivos mucha gente se siente insegura en un tema de vital importancia para sus vidas, sumergida en un temor que a veces resulta difícil

de concretar e incluso carente de una base real, pero que en muchas otras está bien fundamentado y que, en cualquier caso, ha ido dando sustancia a un caldo de cultivo en el que los agitadores y los demagogos tienen mucho que ganar. La irrupción de una sociedad más competitiva y el mantenimiento de altas tasas de desempleo hacen que muchos individuos se sientan aislados y que afloren orientaciones autoritarias al sentirse atraídos por la promesa de la extrema derecha y los ultranacionalistas de proporcionar una nueva identidad colectiva, seguridad y soluciones sencillas a los grandes problemas. Muchos de quienes se han estrenado recientemente como votantes de estos partidos son personas que se sienten preocupadas por su futuro y desprotegidas a causa del progresivo deterioro del Estado asistencial derivado de las políticas destinadas a controlar el déficit público, y que temen verse perjudicadas por la ayuda que se presta, mediante programas de integración o la concesión de subsidios, a inmigrantes pobres y refugiados políticos.

Por otro lado, en el crecimiento y consolidación de una parte de las nuevas formaciones extremistas ha desempeñado también un papel relevante la capacidad de los líderes de estas formaciones para absorber la más clara expresión del voto de protesta. Esta protesta tiene que ver con la contradicción existente entre lo que pregonan los representantes de los partidos del sistema y los portavoces del mundo económico, por un lado, y la realidad vivida por los ciudadanos, por el otro, y del enfado que ello provoca entre estos últimos. Las encuestas señalan que los ciudadanos apuestan claramente por la democracia en tanto que forma ideal de gobierno, pero que no están tan satisfechos con su funcionamiento en la práctica. Por tanto es preciso hacer la siguiente reflexión: si el éxito de las formaciones extremistas se debiera exclusivamente al crecimiento de los sentimientos de inseguridad causados por la inmigración habrían tendido a desaparecer, o al menos hubieran retrocedido posiciones, una vez que los partidos del sistema han incorporado a su programa el control de la inmigración y los gobiernos han puesto en práctica medidas en esa dirección. Pero lo cierto es que no ha sido así. Y esto nos demuestra que no constituyen partidos *de una sola cuestión* y que debemos valorar la posibilidad de que sean vehículos de una protesta más amplia que el simple rechazo a los emigrantes y las organizaciones supranacionales. En definitiva, que los fallos en el funcionamiento del sistema democrático han permitido a Le Pen y

sus imitadores transmitir con cierto éxito (a él le respalda más del 15% del electorado) la idea de que ellos son los únicos capaces de sintonizar con lo que se denomina *el hombre de la calle*, y de defender los intereses de éste frente a la burocracia de los partidos del sistema y las grandes empresas multinacionales. En este terreno la extrema derecha y los populistas parecen hacer mejor su trabajo que la extrema izquierda, los verdes y otras formaciones que se han especializado en la captación de diferentes tipos de descontentos.

El cuarto elemento explicativo del avance de estas organizaciones reside en el éxito alcanzado a la hora de captar votantes en todos los estratos sociales y en todos los alineamientos políticos existentes, incluida la izquierda y la extrema izquierda, lo que refuerza la idea de que no estamos ante partidos de un solo tipo de votante. Recordemos que en la primera fase del ascenso de la extrema derecha las campañas contra los inmigrantes procedentes del Tercer Mundo, los países del Magreb y Turquía, fueron favorablemente acogidas por núcleos conservadores de las clases medias, y por cierto número de jóvenes desempleados y trabajadores manuales. Esto significaba que algunos partidos de extrema derecha estaban erosionando a los conservadores, pero también a los socialistas y comunistas. Más recientemente los ultranacionalistas han comenzado a aumentar su porcentaje de voto entre los jubilados, jóvenes emprendedores a la hora de crear distintos tipos de negocio, y las clases medias más pujantes económicamente. Además, aunque cada partido posee rasgos específicos, han ampliado notablemente sus apoyos entre los trabajadores manuales, desempleados y clases medias empobrecidas. De esta forma en unos partidos, como el Frente Nacional, el voto procedente de barrios obreros es muy relevante, mientras que en otros el voto de clases medias que disfrutaban de una buena posición tiene un peso decisivo, pero esto no significa que no incorporen porcentajes de voto procedentes de otros grupos sociales. Para entender la capacidad de atracción ejercida por el discurso ultranacionalista entre una parte del electorado de izquierdas debemos tener en cuenta que en algunos países los partidos del sistema defienden cada vez más los derechos adquiridos de las clases medias y se ocupan cada vez menos de los sectores desfavorecidos de la sociedad, situación que permite al nuevo extremismo recoger cada vez más el voto de los sectores con menor capacidad adquisitiva y desencantados con la gestión de los partidos socialdemócratas y por

el tipo de oposición practicada por los comunistas. En líneas generales la izquierda no ha sido capaz de percibir la desconfianza y el temor de quienes sienten amenazada su mejor o peor situación económica y su puesto en la sociedad; y cuando la ha percibido no parece capaz de ofrecer la respuesta adecuada.

5. EL MEJOR REMEDIO: MEJORAR LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA

El avance de la extrema derecha y del populismo ultranacionalista constituye una seria amenaza para la democracia. Hasta hace unos años el mayor peligro residía en la posibilidad, confirmada, de que otras formaciones copiasen una parte del discurso de estos partidos pensando que ese era el camino más rápido para recuperar los votos perdidos en beneficio de los extremistas. En efecto, en materia de inmigración los extremistas han marcado la agenda política, y ahora la mayor parte de los gobiernos europeos ofrecen el mismo discurso y plantean las mismas medidas, de blindaje de las fronteras de la Unión, mucho más que de encauzamiento de los movimientos migratorios e integración de los inmigrantes. Pero han surgido otros riesgos a partir del momento en que partidos extremistas han llegado al gobierno en Italia, Austria, Holanda, Suiza y otros estados. Desde esa posición su influencia se ha sentido en mayor medida sobre los derechos individuales y el proceso de unión europea, aunque ellos no sean los únicos responsables de los problemas surgidos en este terreno.

No obstante, no exageremos los riesgos y asumamos un posicionamiento positivo. Corresponde a los demócratas reaccionar y exigir una democracia de mayor calidad y a los dirigentes de los partidos con sincera vocación democrática acercarse más a los ciudadanos. Pues cuando los partidos del sistema fracasan en articular cuestiones de importancia creciente para los electores surgen nuevos partidos para asumirlas. Este ha sido el caso de los Verdes, de las formaciones que defienden los intereses de los mayores, de la extrema derecha y de los ultranacionalistas. No hay duda de que en las sociedades occidentales anida un malestar que no resulta sencillo describir. Pero está ahí. No sólo porque mientras que la situación de muchas personas ha mejorado el de otras ha empeorado, como consecuencia de la pérdida de empleo o por la inseguridad que crea tanto el miedo a perderlo como la proliferación de los contratos temporales, y también por la aparición de otros

miedos. También debido a la pérdida de orientación en mucha gente respecto hacia dónde debe caminar la sociedad. Y porque todos los elementos apuntados han venido acompañados de un descenso en la confianza de los ciudadanos hacia la clase política. A las fuerzas democráticas corresponde invertir esa tendencia asumiendo la defensa de una sociedad más justa.

NOTAS

¹ El término derecha radical ha sido utilizado por los investigadores de las ciencias sociales para definir a organizaciones y movimientos de extrema derecha existentes en distintas naciones y en diferentes épocas. En estas páginas se utiliza para hacer referencia a partidos cuyo programa y actuación política en la década de los veinte y de los treinta permite diferenciarlos tanto respecto de las organizaciones de la derecha autoritaria legalista como del fascismo. En este sentido adoptamos la clasificación apuntada por Payne, S.G., *El fascismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1982.

² Una parte de la antigua extrema derecha fue incapaz de embarcarse en un proceso de renovación, como fue el caso del carlismo en España y de una serie de partidos agrarios en el centro y el este del continente.

³ Maier, Ch. S., *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, 23.

⁴ Payne, S. G., *El fascismo...*, op. cit., 24.

⁵ Sobre estos temas hay aportaciones muy interesantes en Blinkhorn, M. (ed.), *Fascists and conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*. Londres, Unwin Imán, 1990.

⁶ A este respecto es de interesante lectura el libro de Poliakov, León, *La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones*. Barcelona, Muehnik Editores, 1982.

⁷ Cuevas, P. C., "Charles Maurras en España". *Hispania*, LIV-188 (1994), 997 y ss.

⁸ Además de la bibliografía citada en estas páginas, puede consultarse Florentín, Manuel, "Retirada a los cuarteles de invierno (1946-1989)", y otros trabajos contenidos en *La extrema derecha en Europa. Del prenazismo a la actualidad*. Barcelona, Mundo Revistas, 2002.

⁹ Ignazi, Piero; Ysmal, Colette, "New and old extreme right parties. The French Front National and the Italian Movimento Sociale". *European Journal of Political Research*, XXII-1 (julio 1992), 101-121; e Ignazi, Piero, *L'estrema destra in Europa*. Bolonia, Il Mulino, 1994.

¹⁰ Vid. Rodríguez, José Luis, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*. Barcelona, Península, 1998, sobre todo el capítulo octavo "El Frente Nacional de Le Pen", 197-232.

¹¹ Casals, Xavier, *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*. Barcelona, Crítica, 2003; y Rodríguez, José Luis, *La extrema derecha europea*. Madrid, Alianza, 2004.